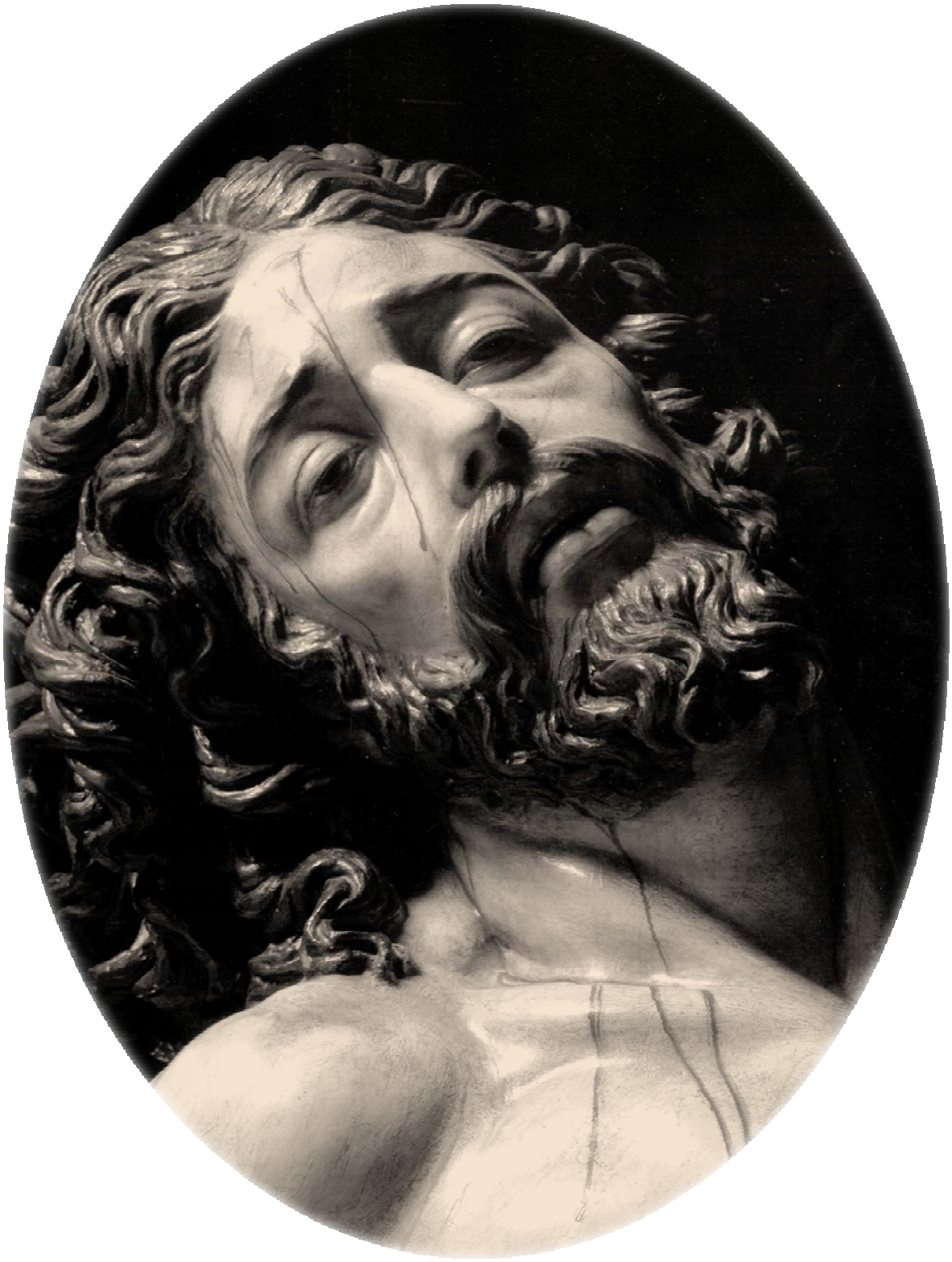
SINFONÍA DEL SILENCIO

Meditación ante el Santísimo Cristo de la Caridad

Joaquín de la Peña Fernández



©*Joaquín de la Peña Fernández*
Edita: Hermandad de Santa Marta/Joaquín de la Peña
Sevilla 2010

SINFONÍA DEL SILENCIO

Meditación ante el

Santísimo Cristo de la Caridad

PRIMER MOVIMIENTO. JOSÉ DE ARIMATEA.

CAMINO

DEDO ÍNDICE DE LA DIESTRA

El dedo acusador de tu derecha
desde el guión del leño nos advierte
lo que hay escrito en el eterno libro
de la vida. Sólo una vez y en tierra
escribiste, Jesús, Tú la Palabra,
sobre el polvo que pisan los de barro,
y sin tinta ni caña, con tu dedo
desnudo, el que tocó suave los párpados
del ciego y le sanó. Fue una mañana
y al hacerlo humillándote hasta tierra
te encorvaste. Y el dedo que escribía
fue aquel dedo de Dios con que arrojaste
a los demonios.

¡Que en el polvo leve
leamos la lección de la conciencia,
la que trazó tu dedo al doblegarte
sobre la tierra, que es tu libro abierto
y vivo y santo! Al escribir en ella
mostraste la humildad del ministerio
del escritor arengándote

La adúltera
sobre el polvo su vista, a que velaban
lágrimas de dolor, íbase sola
con los brazos cruzados sobre el seno,
guardando en él de tu perdón la prenda,
como una madre apechugando al hijo
recién nacido.

¡Que mi nueva pluma
sobre la tierra de mi patria escriba

del perdón que nos dejas la lección![1]

He seguido Señor el surco del arado de tu mano…

he llegado corriendo, atravesando calles estrechas, empujando a la gente para ver si era verdad aquello que parecía imposible; que Dios se hubiera olvidado de nosotros, que Dios hubiera cerrado sus labios para siempre, que Dios nos hubiera olvidado, que Dios se hubiera envuelto en una campana de silencio impenetrable. Que tú, mi Cristo de la Caridad hubieras muerto.

He visto Señor a muchas personas, curiosos en su mayoría, pero a muy pocos dispuestos a asir el pico de la blanca sábana, muy pocos dispuestos a sujetar tu cabeza, muy pocos dispuestos a recoger definitivamente esa portentosa azada que nos abre el corazón cada vez que nos acercamos a ella.[2]

Sólo unas cuantas sombras han seguido de cerca ese surco, sembrando lirios azules en el camino. Fieles, leales. Señor, son los pocos que han quedado hoy, en esta tarde de camino, soledad, oscuridad y silencio.

Los he visto salir, hace ya tanto tiempo, por entre azulejos azules y muros verdes en las azules tardes de antiguos lunes santos. Estaban las negras túnicas colgadas de aquellas perchas de alambre, muertas también, vencidas, aguardando inanes cobrar vida.

Dos mujeres esperaban su llegada, como también ellas esperaban entonces, Señor, la llegada de José y Nicodemo; María tu madre, Marta, María Magdalena y las otras Marías.[3] ¿Qué podía hacer Juan solo? ¿Qué podían hacer ellas solas?

De pronto, rompiendo el silencio de los muebles velados, aparecía la sonrisa de un rostro que se desvanecía en el momento en que, con un rápido movimiento de brazos, la túnica tomaba aquella forma peculiar, larga y desvaída que envolvía la figura enjuta del cofrade.

Aprendías entonces que en ese momento, en ese preciso instante, todos asumimos una nueva función. Una función alejada, muy alejada, de la vanidad. En ese momento, en ese preciso instante tu nombre desaparece y eres solo un nazareno de Sevilla, un número, un eslabón imperceptible en la cadena de promesas y entregas, de fidelidades e infidelidades que a lo largo de la vida de la Hermandad la han ido configurando tal y como es.

---

[1] UNAMUNO, Miguel. *El Cristo de Velázquez*. Espasa Calpe. 5ª ed. Madrid 1976, pág. 119.
[2] Sal. 17, 22 y 118, 32.
[3] Sigo la tradición reflejada en la iconografía del misterio y no el análisis de los evangelios canónicos.

En ese momento, en ese preciso instante, supe Señor que los descendientes de José de Arimatea se ponían en camino desde todos los rincones de la ciudad para cumplir, una vez más, dos mil años después, con la deuda que adquirieron al pie de la Cruz.

Yo mismo he atado tantas veces los nudos de los cíngulos blancos, escasa cornisa para aguantar el peso de la luz. Repasas la posición de la cola acariciando con la mano el doblez, estiras los laterales, compruebas que la marca, el signo de la Hermandad se encuentre derecho, besas la medalla y desaparecen mientras recitas las palabras del Salmo*: Haz que sienta tu amor en la mañana/porque confío en ti/hazme saber el camino a seguir/porque hacia ti levanto mi alma*.[4]

Y esas mismas palabras son como una llamada de auxilio de tu Cristo, tus palabras Cristo mío pidiendo la ayuda del de Arimatea. Porque el Padre guarda silencio y duelen más que las espinas las burlas de los necios: *que baje ahora de la cruz para que lo veamos y creamos*.[5] Porque la noche está cerca y es necesario el camino solitario del sepulcro, es necesario vaciar la cruz, es necesario que muchas manos tomen tu cuerpo maltratado y se adentren en lo oscuro para que sea posible la luz.

Mientras las sombras se pierden unos ojos quedan rezando en silencio, desde lejos, como aquellas mujeres,[6] porque esa es su penitencia; no verte, esperar, sentirte en la distancia con la misma fe y esperanza aprendida de generación en generación.

Tú hermano, entretanto avanzas, caminas rápido, viendo pasar el mundo desde fuera, alejado de él. No perteneces a la vida que pasa a tu lado, no formas parte de esta ciudad que andas. Estás en otro tiempo y lugar. Dudas si recuerdas o sueñas, si descansas o te preparas como el atleta para una nueva salida, una nueva prueba que durará hasta que regreses a aquel lugar que ahora abandonas sin mirar atrás.

Sabes que Él te espera, que Ella confía en que arrimes el hombro, en que no falles, la Cruz queda atrás, tiempo habrá. Ahora el sembrador es la semilla, sus manos el arado. Ahora la pluma fugaz de su dedo ha de ser tomada por ti para seguir escribiendo el evangelio de la vida, para seguir explicando el evangelio de la vida, para seguir viviendo el evangelio de la vida.

Sabes que es necesario, porque las grandes palabras de los grandes hombres eclipsaron la voz de lo sencillo. Sabes que cientos de tomos de alta teología no llegarán nunca a la profundidad de este Cristo rendido y superado, de este Cristo promesa de la vida, de este Cristo zaguán del gozo, puerta casa de la alegría.

---

[4] Sal. 143, 8.
[5] Mc. 15,32. Mt. 27, 39-44. Lc. 23, 35-37.
[6] Mc. 15, 40-41. Mt. 27, 55-56. Lc. 23, 49. Jn. 19, 38-42

Sabes que tienes la responsabilidad, que cuando en la tarde de esta Jerusalén se abran las puertas del Gólgota en San Andrés, tú José de Arimatea, deberás explicar a miles de almas que nunca leerán un tratado de teología, que nunca abrazarán un libro de espiritualidad, la teología de la vida, porque *no son los intelectuales los que dan la medida a los sencillos, sino los sencillos los que mueven a los intelectuales. No son las explicaciones eruditas las que dan la medida a la profesión de fe bautismal. Al contrario, en su ingenua literalidad, la profesión de fe bautismal es la medida de toda la teología. (…) Proteger la fe de los sencillos, es decir de los que no escriben libros, ni hablan en la televisión, ni escriben editoriales en los periódicos: esa es la tarea democrática del magisterio de la Iglesia*.[7]

Por eso sabes muy bien que no puedes abandonar este camino; polvoriento el suelo, lleno de guijarros blancos. El mismo polvo blanco y seco de cada lunes santo, visillos del misterio que te envuelven como sudario anticipado de la noche. Puede que el cuerpo roto de tu Cristo muerto se haga más pesado por momentos, y que las piedras se introduzcan en las sandalias. Es posible que las fuerzas fallen y que en lugar del respeto te encuentres risas y mofas, pero es necesario seguir adelante, porque *la palabra de la Iglesia no ha sido nunca amable y encantadora, como nos la presenta un falso romanticismo sobre Jesús. Por el contrario, ha sido áspera y cortante como el verdadero amor, que no se deja separar de la verdad y que le costó la cruz*.[8]

Y lo hará aún por encima de los miedos y los prejuicios del mundo.

No sabemos muy bien quién era este amigo, Señor. Sólo sabemos que era miembro de esa jerarquía de poderes que te condenó y que, de algún modo, se dejó seducir por tu palabra. En cualquier caso fue lo suficientemente valiente para llegar hasta Pilato y pedirle tu cuerpo.

¿Se arrepintió de la injusta condena? ¿Estaba junto a tu madre y se apiadó de ella?¿Simplemente era un estricto seguidor de la ley que ordenaba que ningún cuerpo de ajusticiado permaneciera insepulto en sábado?[9] Nada de eso nos importa. Nos importa su valor, la acción de tocarte aún sabiendo que quedaba impuro en la víspera de la fiesta. Nos importa su aparición en el momento oportuno, nos importa su caridad, su amor por ti.

No sabemos si su corazón duro se ablandó tras el castigo que sufriste, no sabemos si tu cuerpo, este cuerpo maltratado fue esponja para sus lágrimas. Lo cierto es que no se arredró ante sus otros amigos, los del sanedrín, ni ante la comunidad judía

[7] RATZINGER, J. "Contra el poder de los intelectuales", en *30 días*. VI, 2 (1991), págs. 68-69.
[8] RATZINGER, J. "Contra el poder de los intelectuales", Op. cit. pág. 71.
[9] Para un análisis de la figura de José de Arimatea BROWN, RAYMOND E. *La muerte del Mesías. Desde Getsemaní hasta el sepulcro*. Ed. Verbo Divino. Estella 2006. Cap. 46.

que lo marcaría para siempre. Él fue valiente, tomó tu cabeza y comenzó el camino, abrazó el camino, te abrazó, mi Cristo de la Caridad porque *¿cómo no serás (tú) camino si se llama camino a todo lo que es ley, y regla, y mandamiento que ordena y endereza la vida, pues (eres tú) sólo la ley?*[10]

Se engarzan una a una el sonido de las pisadas del camino. Los guijarros saltan, el polvo se pega en los pies. Miedo, tristeza, prisa, compasión, vergüenza. Todo en este corto espacio que separa la cruz del sepulcro se une en la mente abotargada de la comitiva. Ni de lavarte hubo tiempo Señor, que la noche se acerca y es conveniente ocultarte pronto en el sepulcro.

Miedo, tristeza, compasión, vergüenza y prisa también en nuestro particular camino, Señor. Ahora que hemos llegado aquí, a tu presencia, ahora que no nos miras, ahora que sueñas, ahora que duermes, ¡cuánto de todo eso tenemos que dejarte también en nuestro beso!

Porque te escondemos Señor en el cómodo espacio de las sacristías por miedo, porque nos quitamos la medalla por vergüenza, porque nuestro compromiso se funda sólo en la compasión y no en la búsqueda del Reino, porque nuestra tristeza es sinónimo de falta de fe.

He llegado Señor, apresurado el paso, quizá demasiado apresurado, tan rápido que apenas me ha dado tiempo contemplar los campos donde la gente trabajaba, contemplar las amapolas, contemplar los pájaros. Tan rápido que no me doy tiempo para aprehender el sufrimiento, la soledad, ocupado como estaba en encontrarte, para saber de ti, para tomar un pico de la sábana, por comprender, por saber dónde estabas, sin darme cuenta que el surco abierto por el arado de tu mano no sólo era la marca, no sólo el signo, sino también la verdad.

[10] FRAY LUIS DE LEÓN. *De los nombres de Cristo*. Ed. Círculo de Lectores. Barcelona, 2008. Pág. 80.

SEGUNDO MOVIMIENTO. MARÍA.

SOLEDAD

Abandonado de Dios y de tu Padre
que con sus manos recogió tu espíritu,
te alzas en ese trono congojoso
de soledad, sobre la escueta cumbre
del teso de la calavera, encima
del bosque de almas muertas que esperaban
tu muerte, que es su vida. ¡Duro trono
de soledad! Tú, solo, abandonado
de Dios y de los hombres y los ángeles,
eslabón entre cielo y tierra, mueres,
¡oh León de Judá, Rey del desierto
y de la soledad! Las soledades
hinches del alma, y haces de los hombres
solitarios un hombre; Tú nos juntas,
y a tu soplo las almas van rodando
en una misma ola. Pues moriste,
Cristo Jesús, para juntar en uno
a los hijos de Dios que andan dispersos,
sólo un rebaño bajo de un pastor.[11]

He llegado Señor hasta el vacío…

y no puedo comprender las reacciones de los tuyos.

Me rebelo ante ese silencio del Padre. A pesar de los ruegos, a pesar de los lamentos, a pesar del rojo sudor del miedo, a pesar del clamor desde la cruz, sólo el tremendo grito de dolor de los montes, sólo tu temblor como un escalofrío, Padre… cuando ya esté muerto.

Podías haber derramado lágrimas inconsolables mientras colgaba del madero, hubieran sido un consuelo aceptable, la mano que todos esperamos en los momentos difíciles. ¡Qué duro tu silencio! Más que las burlas del ladrón que le acompaña. ¿Por qué Padre, ese abandono? ¿Por qué ese consciente mutismo?

[11] UNAMUNO, Miguel. *El Cristo de Velázquez.* Op. cit., pág. 68.

¿No fueron bastante los azotes, el desprecio, las bofetadas, los clavos en las manos y en los pies, la vergüenza de la desnudez, para que también tuviera que soportar la soledad? ¿Ni una sola caricia pudo salir de tus manos de Padre?

Hoy te grito, te increpo, ante mi Cristo desmadejado y roto. ¿Ni siquiera ahora que lo ves aquí, lirio tronchado, vas a agachar tu rostro para acariciarlo, para susurrarle una de las canciones de Sión, para besar sus manos traspasadas con el aliento suave de tu divina humanidad? ¿Hasta cuándo Señor, me olvidarás? ¿Por siempre? [12] Como álamo entre los guardias ha agonizado y somos nosotros quienes cantamos bellas estrofas de alabanza[13] mientras tú callas.

No te entiendo, Padre. Eres capaz del infinito perdón para nosotros y no has querido/podido aliviar un ápice la agonía de tu Hijo.

No te comprendo, Padre. Sedujiste a aquella joven llena de futuro e ilusiones para que aceptara ser la Madre de tu Hijo y ni una sola palabra ha salido de tu boca para asegurarle que ese futuro que tú cambiaste, que la luz, que la eternidad, están a la vuelta de la esquina, tras esa piedra enorme que como una letal amenaza, espera ser traspasada por mi Cristo para convertir el sepulcro en el crisol cerrado de tu amor hacia nosotros.

Silencio de Dios ante el hombre. ¿Te arrepientes ahora, Padre? ¿Has tenido que ver el dolor, la agonía de la pasada noche, de este largo día, lo que el campo fértil de tu Hijo soportó para arrepentirte? ¿Dónde te escondes, Dios, en esta noche de soledades y vergüenzas? Sí, es posible que nosotros quedemos huérfanos de ti en este sábado de ausencia, pero esa orfandad es mutua, Padre.

¿De verdad mereció la pena este martirio? ¿Te compensó ver a tu Hijo de esta forma, maltratado, humillado, muerto? Podías habernos redimido de otro modo, tú eres Dios. Quizá en el Wall Street de los poderosos, de las grandes cadenas de comunicación, quizá en este mundo nuestro tan global tu mensaje hubiera llegado más alto, más claro, sin necesidad de tanta muerte y tanto sufrimiento. ¿Por qué no de otra manera? Sabes lo que nos gusta a los hombres los prodigios.

Quizá si hubieras aplicado el mismo sistema que en la primera noche, con ángeles y estrellas y cánticos, entonces Pilato se hubiera dado cuenta y los respetables sanedritas del templo hubieran tenido que claudicar ante este Cristo que no merecía tal sufrimiento.

O quizá no. Porque precisamente esta carne lánguida y bella, este despojo de cuanto fue, siga estando presente en tanto sufrimiento, en tanto dolor, en tanta muerte

[12] Sal. 12, 2.
[13] Sal. 137, 1.

absurda en las esquinas del mundo, en las esquinas cercanas de nuestra ciudad, a nuestro lado.

Todos los labios están cerrados, todos reflexionan. Nadie del triste cortejo es capaz más que de pensar en lo sucedido. Apenas han pasado unas horas desde que el pueblo te aclamara. El hoy no es una losa de piedra, sino de soledad. Soledad de nuestro Cristo ante la injusticia, soledad ante los poderosos, soledad ante la falta de misericordia. Sí, nosotros también nos conformamos como ellos con remediar las necesidades, con acudir a lo que hace falta, con resolver la materialidad de lo urgente, como Marta, pero no somos capaces de denunciar, de exigir otro tipo de mundo, otra aplicación de la justicia, no sabemos levantar la mano de este Cristo vivo para parar definitivamente la pobreza, la explotación, la riqueza insultante, la falta de oportunidades, la miseria, la soledad.

Todos callan. Apenas algunas miradas de soslayo son capaces de enfrentarse a este cuerpo herido. Ha quedado el cuerpo, eso es. Puro despojo. Nadie se acuerda ahora de tu palabra. Podríamos estar aquí contigo, velando tu sombra, velando tu recuerdo, velando tu no ser. Recordaríamos aquellos momentos bellos, los momentos hermosos de la estación de penitencia, la seriedad de la cofradía, la importancia de la nómina de hermanos.

Podíamos quedarnos aquí contigo como cuando tomaste a Pedro, a Santiago y a Juan y disfrutaríamos para siempre, sin complicarnos la vida. Podríamos discutir incluso quién de nosotros se sentaría a tu derecha, si el Hermano Mayor o el hermano más antiguo, o el más sabio, o el más caritativo. Es la salida fácil Señor, en la que no nos interrogas. La políticamente correcta, la que permite sepultar bajo un manto de cultura y de arte, las ansias de búsqueda de Dios, la verdad, aquello que siempre ha dado sentido a la Hermandad, la presencia viva y real de Dios entre nosotros.

No eres Cristo mío de la Caridad como esos cristos majestuosos colgados de la cruz o atados o cargados con el madero, que siempre acaban mirándonos, preguntándonos. Buscan nuestra compañía y la encuentran a poco que observemos. Eres tan suave, tan pura Caridad, que no nos sigues, que esperas nuestra llegada. Habrá que volver hacia atrás la vista y contemplar a tu Madre, con esa pena serena, que no es resignación, ni siquiera esperanza, sino confianza en lo que se avecina.

Estoy seguro Señor, que esa fuerza sobrenatural, esa templanza de María que envolvió sus Penas para aguantar de pie bajo la cruz, para soportar este momento de ruptura, hubo de ser porque entre aquellas cosas que guardaba en su corazón estaba la revelación de Dios sobre tu Resurrección.

Quien fue capaz de recitar el himno subversivo del Magnificat no puede por menos que cantar, cuando llegamos a las puertas del sepulcro:

Ahora conozco que Yahve
dará la salvación a su ungido
desde su santo cielo le responderá
con las proezas victoriosas de su diestra.[14]

Por eso estás ahí, por eso puedes estar ahí, Señora de las Penas, cercana, fuerte, entera, apenas conmovida por este desecho en que se ha convertido aquel niño de Belén, aquel retoño travieso que comenzó a traspasarte el corazón en el Templo; porque eres la primera que ha vislumbrado la mañana de la Pascua, que ha visto en la seguridad de la entrega la Resurrección, que ha comprobado en la serenidad de la asunción del martirio que era necesario, y que esta entrega, este dolor, es precisamente la garantía que nos certifica que, por encima de tiempos y modas, por encima de políticas y políticos, por encima de guerras, de naciones, de crisis, de ciencias y de ideologías, existe una verdad que va mucho más allá de este huerto horadado; que Dios ha sellado con cada uno de nosotros una alianza indeleble.

Por eso, e*res inmensamente feliz ahora que ha vuelto a ti. De tu casa salió, oh Madre de Dios, con toda la fuerza y la belleza de su Humanidad; a ti vuelve descalabrado, hecho pedazos, mutilado, muerto. Y, a pesar de todo, Madre Bendita, más feliz eres en este momento atroz que aquel día de las bodas, cuando estaba a punto de irse; pero a partir de ahora, el Salvador Resucitado nunca más se separará de ti*.[15]

[14] Sal. 20, 7.
[15] RATZINGER, J., VON BALTHASAR, H.U., GIUSSANI, L. y NEWMAN, J.H.. *Vía Crucis*. Ed. Encuentro, 3ª edición, Madrid 2008, pág. 94.

TERCER MOVIMIENTO. LAS MUJERES.

MUERTE

Eres Tú de los muertos primogénito
Tú el fruto, por la muerte ya maduro
del árbol de la vida que no acaba,
del que hemos de comer si es que quisiéremos
de la segunda muerte vernos libres.
Pues Tú a la muerte, que es el fin, has hecho
principio y soberana de la vida,
la Muerte blanca envuelta en negro manto
y en caballo amarillo caballera;
la Muerte, emperadora de la Historia,
que segados los hombres nos encilla
con avaricia de conquistadora.

Hijo el Hombre es de Dios, y Dios del hombre
Hijo; ¡Tú, Cristo, con tu muerte has dado
finalidad humana al Universo
y fuiste Muerte de la muerte al fin![16]

He llegado Señor al hueco oscuro y frío de los ojos de la tierra…

¡Qué mesa tan distinta la que preparas ahora, Marta!

No debiste regañarla aquella tarde, Señor. Sólo ella sabe cuánto le dolió la corrección. Pero ahora que no hablas, ya no hay razón para que no se ocupe de esas pequeñas cosas. [17] Ha traído la pluma de ave que, según la tradición, habrán puesto bajo tu nariz para comprobar que Dios está callado, que no respira, que es verdad que la soledad y el silencio se han apoderado del mundo.

Habrá mezclado las especias que de forma tan exagerada, casi treinta kilos, ha comprado Nicodemo. Sí, es un vapor éste que lo envuelve todo hasta casi marear. Sí, es el mismo olor dulzón y agrio de aquella mañana feliz. Ha lavado Señor tu cuerpo, acariciando con dulzura tu rostro y las manos de tu madre, rojas también de tanto arrullar tus manos, de tanto sostener tu rostro, de tanto rezar al Padre.

[16] UNAMUNO, Miguel. *El Cristo de Velázquez.* Op. Cit., pág. 131.
[17] Lc. 10, 38-42

Preparar la alegría, preparar la dicha, preparar la esperanza, preparar el pan vivo bajado del cielo, esa es la gran misión que te tenía reservado el Señor, Marta; escuchar la palabra para poder ser la primera en disponer lo necesario para la eucaristía eterna.

¡Qué lúgubre salón éste para que tu Señor repose! Es oscuro y frío. Cercano al Gólgota, para que la sombra de la cruz marque siempre el lugar. María lo observa, en medio del huerto, desde lejos, con tu cuerpo en su regazo, mientras los hombres han penetrado en el silencio de la cueva excavada para comprobar que todo está en orden. Es la misma escena que entonces, es igual que aquella gruta en la que tuvo que cobijarse con José hace treinta y tres años.[18] Marta tiembla, María recuerda, los demás, absortos en sus cavilaciones se mantienen ocupados.

Es pequeña la estancia, tanto, que a su entrada, los que llevan el cuerpo han tenido que agacharse, besar la tierra seca, como tuvieron que arrodillarse hace tanto tiempo aquellos que llegaban al portal para adorar el prodigio que les habían contado. Principio y fin de rodillas ante Dios, todos obligados a doblegarnos ante ti.

Sobre el templo suenan ya las trompas que anuncian la fiesta y ahora, en ese momento en que las campanas de San Andrés comienzan a doblar, ahora que la noche es más noche, estás tú, justo en el dintel del sepulcro, justo entre el reflejo plateado de una luna hermosa y la oscuridad más absoluta.

Nicodemo ya está dentro, pero José se mantiene aún tornasolado por el esfuerzo y los últimos rayos del día aciago. En medio, el hueco roto por el que te introducen en el paritorio de la Esperanza. El orbe aguarda que la tierra para la promesa. Hubo un día en que se paró el universo cuando María, tu madre, se pensó el sí a Dios pidiéndole explicaciones.[19] Ahora el Universo gira enloquecido en un silencio de astros penitentes, buscando a un Dios ausente. No, ahora nada se detiene, todo sigue un curso premeditado desde el principio de los tiempos, un curso que tú, mi Cristo de la Caridad has hecho posible

Todos están cansados, Señor, y siguen sin comprender tu muerte, todos menos tu Madre, y Marta y María Magdalena y las otras mujeres. Porque todos, Señor, José y Nicodemo y hasta Juan, son el pasado; son la sentencia injusta, la petición a Pilato, la cruz, el descendimiento, el camino, la tumba nueva. Ellas no, Señor, ellas son el futuro, el quicio de la historia del hombre, un puente hacia la mañana en que no encontrarán tu cuerpo en la tumba.[20]

---

[18] MARTÍN DESCALZO, J.L. *Vida y Misterio de Jesús de Nazaret*. Ediciones Sígueme. 5ª edición. Salamanca 1992. Pág. 129.
[19] MARTÍN DESCALZO, J.L. *Vida y Misterio de Jesús de Nazaret*. Op. cit. Pág. 91.
[20] BROWN, RAYMOND E. *La muerte del Mesías. Desde Getsemaní hasta el sepulcro*. Op. cit. Pág.1458.

La de Magdala llora y es nuestro propio llanto, el llanto de no comprender la muerte, de la imposibilidad de ignorar la muerte, de la dificultad para esconder la muerte.

¡Magdalena!
Mi campo tiene lirios malditos.
Mis ojos agotan todo su manantial.
¡Mira mis pies sangrantes
Y mis labios marchitos!
¡Dame tu cabellera para cubrir mi mal![21]

Suena la campana en la plaza, las luces se apagan. Rápido, Señor, pasas por el pequeño atrio, entras en este sepulcro de palmeras de piedra y seguimos sin comprender por qué tú, por qué los que queremos, por qué nosotros mismos hemos de atravesar a ese otro lado.

Por qué la muerte Señor sigue siendo ese gran problema sin resolver. Sin la muerte, todo nos cuadraría, podríamos reparar nuestros errores permanentemente, aprender de tu misericordia permanentemente, estar contigo, aquí, permanentemente.

Pero la ocultamos; en lo profundo de los hospitales, en lo apartado de los tanatorios, en el humo de los incineradores. Queremos ver una muerte bella, tu muerte, Cristo de la Caridad, pero nos asusta nuestra propia muerte, la de aquellos que tenemos cercanos. Nos espanta saber que un día despertaremos y no estarán, ellos… o nosotros. Nos produce dolor sólo pensarlo y en ello está tu gran fracaso, porque esa mirada, ese sueño, es el pasado triste y negro de la tierra, el pasado oscuro y frío de esta gruta que huele a nueva.

Tanto nos aterra, que deseamos vencerla apropiándonos de ella. El hombre moderno, dominador de todos los secretos de la naturaleza y el universo no puede consentir verse superado por el misterio de aquello que se esconde en lo más profundo de su propia naturaleza, en la misma raíz del hombre, en la misma génesis del hombre.

Por eso es necesario mantener la ilusión de que podemos dominar a la muerte adelantándonos a ella, controlando sus tiempos, decidiendo cuándo y dónde es posible maniatarla, subyugarla, hacernos dueños de ella.

Primero fueron las guerras, después las sentencias de los jueces, en algunas ocasiones, hasta tu nombre se toma como excusa para justificar la muerte. Hoy, escondidos en lujosos escaños envolvemos nuestro afán de poder, nuestro afán de omnipotencia, en intrépidos argumentos endulzados de supuesta modernidad y

[21] GARCÍA LORCA, F. *Poesía inédita de juventud*. Edición a cargo de Christian De Paepe. Cátedra. Madrid 1996. Págs.511-512.

progreso cuando la muerte es la más vieja de nuestras compañeras de viaje, la más inicua, la más injusta, también la más fiel.

Tratamos de combatirla con gritos y pancartas y nos equivocamos, porque basta contemplar tu rostro para saber que no eres reflejo de la muerte, sino un grito a la vida. Basta pararse sin vendas en los ojos delante de ti para que los hombres y mujeres de nuestro tiempo comprendan que, después de la tuya, ninguna sangre vertida puede ser justificada por ninguna idea, que ninguna filosofía es merecedora de una gota de sufrimiento, que ninguna religión, ningún pensamiento, ningún tipo de ciencia, puede arrogarse poder sobre la vida, poder sobre la muerte.

No, no es una victoria para el hombre cortar los hilos de esperanza que hay en cada vida, es más bien la asunción consciente de que la humanidad ya no es capaz de triunfar sobre el mal, sobre la injusticia, sobre la insolidaridad; de que es imposible que una vida nos enternezca con una sonrisa o una lágrima, de que es una quimera que por encima de lo material la mente, la fuerza de voluntad, la capacidad de superar el mal puedan ser conquistadas por el hombre.

No, Cristo mío, la verdadera victoria sería saber a ciencia cierta que estas cúpulas se abren, que tú estás allí, a la vuelta de esa esquina de misterio que es la nada. Nos lo descubriste aquella mañana fría, en el silencio de los dorados muros de Jerusalén pero, como Tomás, caemos una y otra vez en la duda. Como los apóstoles, aturdidos por el miedo y la vergüenza, no titubeamos en llamar locas a las mujeres.[22]

Sí, Señor, la muerte es tu gran fracaso, nuestro gran fracaso. Incluso cuando queremos explicarla desde la fe la envolvemos en almibarados encuentros con los nuestros, tal y como hemos vivido con ellos, con sus limitaciones. No somos capaces de pensar en una vida plena, eterna, a tu lado. Nos gusta Señor pensar en una eternidad con los hermanos, en eternos lunes santos, en permanentes estaciones de penitencia, junto a todos aquellos que alguna vez compartieron las preocupaciones de la hermandad, junto a quienes nos cedieron el hombro en las dificultades, junto a quienes derrochamos amor sin medida en la familia.

Pensamos en la muerte y se nos hace llevadera con nuestros padres, con nuestros hijos, con nuestros hermanos, con quienes, año tras año nos abrazábamos (el rostro satisfecho por el esfuerzo) al entrar la cofradía; pero siempre tal y como los conocimos, no nos apetece que cambien, nos da miedo pensar que pudieran no ser los mismos.

Nos duele la partida de aquellos que queremos y nos estremece la nuestra, no tanto por lo desconocido, que no somos capaces ni de vislumbrar, cuanto por el apego a

[22] Lc. 24, 10.

los afectos de este mundo. Esa es también la gran pregunta para cada uno de nosotros ¿qué hay tras esa puerta? ¿Hay verdaderamente algo? *Porque otra vida más grande nos aterra, porque nos desborda. No nos cabe en la imaginación. Puede únicamente cabernos en la fe*.[23]

Sólo desde la perspectiva de ese círculo de vida-muerte-vida, es posible tener la garantía de la vida eterna y plena que nos espera. Porque toda tu relación con el hombre no es más que un encuentro permanente, *todo lo que los evangelios nos transmiten (…) no son en realidad otra cosa que encuentros*[24]que transforman, que cambian al hombre al que llamas. Sólo desde esa comunión que transmite espíritu y fortaleza podemos confiar plenamente, esperar plenamente, vivir plenamente.[25]

Por eso, aunque este momento triste parezca un desencuentro, un alejarte de nosotros, no es más que el leve instante en que, definitivamente, tu brazo quede plantado como el árbol de Jesé,[26] como las columnas de bronce de este templo de carne fría que, destruidas por la envidia y el odio, no tardarán en ser reconstruidas,[27]como columna de fuego y luz que nos guíe y nos proteja en la noche última de nuestra alma.[28]

[23] MARTÍN DESCALZO, J.L. *Vida y Misterio de Jesús de Nazaret*. Op. cit. Págs. 1163-1164.
[24] HÜNERMANN, P. *Cristología*. Herder. Barcelona 1997. Págs. 439 y ss.
[25] HÜNERMANN, P. *Cristología*. Op. cit. Pág. 448.
[26] Is. 11, 1.
[27] 2R, 25, 13. Jn 2, 19
[28] Ex. 13, 21-22.

CUARTO MOVIMIENTO. DIOS.

SILENCIO

Luce en la majestad de tu tormento
la luz del abandono sin reserva;
resignación, que es libertad absoluta,
y el "¡Hágase tu voluntad!", reviste
con velo esplendoroso tu martirio.
Silencio, desnudez, quietud y noche
te revisten, Jesús, como los ángeles
de tu muerte; se calla Dios desnudo
y quieto en su tiniebla. ¡De tu Padre
de tu amor el arrullo que nos llama
con brizador susurro a nuestro nido,
puesto en tus brazos sobre las tinieblas
por las que rompe de la vida el sol![29]

He seguido Señor la línea que conduce a la Esperanza…

regada por el dolor ha germinado luz. Pero la luz es, en esencia, también silencio. El Universo es un infinito mar de luz y de silencio. No hay palabras en este Misterio del azul pálido de este amanecer frío, con el cuerpo destemplado, herido, agotado, humillado, de aquellos que fueron tus amigos; de tu Madre, de Marta, de María. Tan sólo el rechinar seco de la piedra sobre el canalón que la guía sirve de fondo a este desperezarse de Dios.

Amanece con ese azul pálido derramado como rocío desde cientos de columnas azules, como si el cielo se derritiera en gotas que caen de estrellas temblorosas sostenidas por las manos recias de los hermanos. Amanece y todo cobra sentido; el camino, la soledad, la muerte, la vida.

El azul, no el blanco, es el color de lo abstracto y lo neutro y nace por acumulación de vacío, por ausencia de colores interpuestos (…). El azul es el color de lo irrepresentable.[30] Esta mañana es un azul permanente de cirios encendidos en un permanente Lunes Santo.

[29] UNAMUNO, M. *El Cristo de Velázquez.* Op. Cit., pág. 64.
[30] CABODEVILLA, J.M. 365 nombres de Cristo. B.A.C. Madrid 1997, pág. 377.

Sólo ahora, en este momento de mi vida me detengo aquí, a tu vera, escuchando este silencio que agobia, que hace silbar el aire que pasa entre tus dedos, arpa armónica de caricias vibrantes.

Hoy quiero quedarme aquí, en esta Jerusalén dorada de cúpulas y espadañas vacías, pisando la misma tierra que aró el arado de tu mano, acariciando los mismos troncos de olivo que regaste con tu sangre, contemplando el mismo cielo al que miraron tus ojos esperando la compasión del Padre, el cariño del Padre, la palabra del Padre.

Como tú te quedas también aquí, no una rosa roja, sino blanca, blanca de trigo, blanca de ostia, blanca de pan blanco, de piel blanca sobre la mortaja blanca; de reflejo de luna, de espuma, de cordero entregado al sacrificio, de vuelo de paloma, de plata en el envés de las hojas del olivo.

Hoy quiero quedarme aquí, a tu lado, como el cirial que dibuja las sombras, como el blandón que deshace los brillos de la noche. Hoy quiero quedarme aquí mientras tú también te quedas, certificando una realidad que ya no es Esperanza, en el sello blanco de la Alianza sobre el mantel blanco de la mesa común.

Hoy me planto aquí, Señor, porque siguiendo la estela azul en el mar de la vida te encontré arando los campos con tu sagrada mano y vi que faltaban brazos para tomarla, para leer en el evangelio del polvo de la tierra escrito con tu dedo misericordioso tu palabra, para agarrar fuertemente el pico de la blanca sábana.

Hoy me quedo aquí, en un permanente y silencioso beso, atados mis ojos a tus ojos, envueltos mis dedos en el pelo encrespado y negro del rabí que fuiste, junto a mis hermanos, tus hermanos, haciéndonos todos un hueco alrededor de tu presencia en este camino silencioso de la muerte que es vida. Hoy nos quedamos todos, *porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan »(1 Co 10, 17).*[31]

Hoy me quedo aquí porque echaste el ancla de tu brazo en el mar de nuestros corazones. Aferrado a tu mano, trenzado mi brazo con el tuyo que es maroma, liana y camino, senda para llegar a la altura, red que nos ata, atajo sin peligros para una vida nueva, cinta sin fin, escala segura, cadena de eslabones de amor indisoluble, cordón blanco, bramante fino, pabilo ardiente de luz y fuego, lazo indestructible, cañada abierta en el surco de la tierra, cincha poderosa, línea indeleble para ganar un cielo en el que nos encontraremos todos y que *esperamos se abra ante nosotros con música de Ángeles, que nos reciba san Pedro y que nuestra Señora, la gloriosa Reina de los santos,*

[31] BENEDICTO XVI. *Deus Caritas Est*. 14

nos abrace y nos lleve a Ti y a tu Padre Eterno y a tu Espíritu, tres Personas, Un solo Dios,

Amén.

[32] RATZINGER, J., VON BALTHASAR, H.U., GIUSSANI, L. y NEWMAN, J.H.. *Vía Crucis*. Op. cit., pág. 96.


CHARITAS
URGET NOS
CHRISTI